

James Stapleton

Las doce en el Beheaded Ben



Las doce en el Beheaded Ben

Primera edición: abril de 2023

© James Stapleton, 2023

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2023

Ilustración de cubierta: © Isaac Murgadella, 2023

Fotografía del autor: © Carlos Vara Sánchez, 2023

Corrección y maquetación: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FM

ISBN: 978-84-126820-0-7

Depósito legal: B 7730-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

*El autor desea dedicar la obra a mister G. K. Chesterton,
al doctor P.G. Wodehouse y a sir Terry Pratchett,
con toda humildad y todo agradecimiento.*

*El representante del autor desea dedicar la obra a sus
padres, quienes han conocido, sufrido y aguantado al autor
durante casi tanto tiempo como su hijo y han tenido la
elegancia de no echárselo nunca en cara, teniendo todo el
derecho a ello.*

Advertencia

Como dijo una vez cierto cirujano, «todo debe considerarse en su contexto, ya se trate de palabras o de hechos».

Aunque Britannia y las tierras y mares que la rodean (todo buen britanno sabe que las Islas son el centro del mundo, no geográficamente, pero sí desde cualquier otro punto de vista) son muy parecidos a los que el lector conoce (en el sentido de que, en ambos lugares una tonelada de ladrillos dejados caer sobre la cabeza de una persona provoca en la misma un malestar general), también tienen sus diferencias. Pese a ello, consideramos al lector lo bastante sagaz como para advertir las divergencias entre el mundo que habita y aquel donde transcurre nuestra historia, y lo bastante gentil para perdonar los errores del cronista.

Sin embargo, se han incluido unos apéndices con ciertas pinceladas de información que tal vez puedan facilitar la comprensión de algunos hechos de esta muy veraz narración o ciertas referencias que hagan sus protagonistas.

Las doce en el Beheaded Ben puede leerse sin necesidad de estos apéndices. No estamos tan seguros de que los apéndices puedan leerse sin necesidad de *Las doce en el Beheaded Ben*. El lector tendrá que decidir por qué opción se decanta o si decide mandarlo todo a paseo y aprovechar

el tiempo en una actividad más gratificante. En cualquier caso, cuenta con nuestras simpatías.

Prólogo

«Pese a lo que muchos creen, en política la conspiración no es un derecho. Es un privilegio de unos cuantos escogidos».

Blaise Scavenger

*Ham and Tradition**. Esta leyenda, en imponentes letras doradas, formaba un semicírculo bajo una cabeza de cerdo coronada, flanqueada por cuatro manzanas, como los Vivientes rodean al Pantocrátor. Tal era el escudo de armas de la Real y Legítima Casa Porcina, pérfidamente destro-

* Lema real durante el reinado de Orson I, el cerdo más gordo de las granjas de Britannia. Esto requiere una explicación. Según el Acta de Sucesiones, cuando el Rey carecía de herederos directos, podía nombrar sucesor «a quien por Su Real Gana a bien tuviere». Carlos V, gran entusiasta de la cría de ganado, especialmente del porcino, al visitar la granja donde vivía Orson quedó prendado de la noble estampa del animal revolcándose en el barro y allí mismo juró que Britannia sería feliz de tener a tan saludable y viril paquidermo como soberano. Tres segundos después, el Rey resbaló con una manzana y se rompió la crisma. Al no tener hijos ni nietos, no hubo más remedio que interpretar las últimas palabras de Carlos como una designación y Orson fue coronado en la Abadía de Westminster. Su reinado fue corto (1323-1326), pero estuvo plagado de intrigas y polémicas. Ni la nobleza, ni el Parlamento, ni la Iglesia veían con muy buenos ojos a su nuevo señor. El fin del reinado llegó por la protesta en masa de todos los judíos del reino, quienes se consideraban discriminados al no poder comparecer ante el Rey y pedirle justicia. Por una vez, el antisemitismo cedió ante el antiporcinismo y Orson I, abandonado de sus leales, fue asesinado y asado. En un gesto lleno de ironía, el lord Canciller, cabeza de la conjura, le puso en la boca una manzana como aquella con la que había resbalado Carlos V. El Acta de Sucesiones se reformó para limitar el albedrío real dentro de la especie humana. Véase: *Orson I, vida y hazañas*, de G. Lester y *La conjura contra el cerdo*, de J. Lerroux.

nada siglos atrás, con quebrantamiento de leyes y fueros. Una traición repugnante que no había sido olvidada por los únicos leales, por los fieles miembros del cerdismo. Leales que, generación tras generación, habían cuidado de la sagrada línea de sangre de Orson I, el primer Rey Cerdo. Leales despreciados y ninguneados por los usurpadores y sus lacayos. Leales cuyos líderes se reunían aquel día, como cada año, para rememorar la terrible Noche del Espetón y rendir homenaje a la memoria del difunto Orson I y a la existencia de su sucesor.

Una larga mesa de banquetes ocupaba el centro de una estancia por lo demás austera, sin más adornos que el espectacular escudo de armas y la bandera de Britannia, a uno y otro extremo de la sala. Sentados a la misma, acabado ya el ágape, los delegados de las secciones esperaban el discurso de su presidente. Éste, Nicholas Brakenbury, no presidía pese al contrasentido que ello suponía con su cargo. Porque el sitio de honor de la mesa estaba reservado para Orson, el quincuagésimo segundo de su nombre.

Sentado en una silla forrada de terciopelo, el heredero al trono de Britannia proyectaba su magnífica figura sobre cinco platos distintos. Sin duda, cuánto más comiera, más grandiosa sería su estampa. Al comer a cuatro carrillos, Orson no estaba saciando una gula superficial, sino acumulando fuerzas y mejorando su aspecto para el gran día en que regresaría al Palacio, con gran pompa y circunstancia.

Mientras Orson seguía cumpliendo su deber, mister Brakenbury acometió el suyo. Se levantó y pidió atención al resto de los comensales.

—Caballeros, ha sido un honor compartir con todos ustedes, un año más, esta cena que mira al pasado y al futuro. Un pasado de infamia que habrá de trocarse en un futuro de triunfo. (Aplausos). Hemos consagrado el día a examinar la situación en nuestra amada patria, a evaluar los avances de nuestro movimiento. Es doloroso reconocer que no hemos

conseguido éxitos importantes. Britannia sigue en el mismo estado calamitoso que hace doce meses. ¡Qué digo doce meses! ¡Que hace siete siglos! (Gritos de asentimiento y lamentos varios). Pero carece de sentido regodearnos en la tristeza. ¡El mal de nuestra patria debe ser acicate, espuela, aguijón, incentivo! ¡No una excusa para compadecernos de nosotros mismos! ¡Ése no es el espíritu de nuestro movimiento! ¡Que nuestro Muy Porcino Señor, Su Majestad el Señor Rey, y su animoso brío sean ejemplo para todos nosotros! (Aplausos entusiastas, ovación cercana al delirio).

»No sin fundamento hago esta llamada a la esperanza. Pues aunque los obstáculos son grandes, no resultan insalvables. ¿Acaso nuestro movimiento no está bien coordinado y nuestros militantes no son los más entusiastas y disciplinados de esta tierra? (Ruidoso golpeteo de vasos en sentido afirmativo). ¿Acaso no tenemos ideales, ética, valores, una idea clara por la que luchar, mientras que nuestros enemigos se mueven exclusivamente por egoístas intereses? (Repetición del golpeteo, acompañado por algunas risas despectivas dirigidas a los susodichos enemigos). ¿Acaso el vil interés ha triunfado alguna vez contra la justicia y la verdad? (Silencio momentáneo, mientras los delegados más versados en historia discuten entre ellos la respuesta; el presidente retoma la palabra sin esperar al fin del debate). Los cínicos me podrían acusar de cifrar todas mis esperanzas en razones etéreas. Me consta que no hay cínicos entre nosotros. Sin embargo, permítanme decirles algo. (El auditorio otorga su permiso). ¡Un anuncio extraordinario! (Expectación). ¡Una noticia magnífica! (Ansiedad sedienta de palabras, en vano combatida con licor). ¡De hoy en menos de un año, Orson, de la Real Casa Porcina, será reverenciado como rey de toda Britannia! (Apoteosis; durante cinco minutos acontece una formidable barahúnda).

»Caballeros, mis distinguidos amigos, tendrán que confiar en mi palabra. Solo unos pocos, los miembros de la

Cámara Íntima, estamos en el secreto del plan confidencial que convertirá nuestras esperanzas en realidades y nuestras realidades en malos recuerdos. Poco más puedo confesarles. (General desilusión, combatida con licor con mayor ahínco aún que la ansiedad). Aunque esto sí: no estamos solos en nuestra lucha. Por fin, las potencias de Europa han decidido apoyarnos en nuestra justa lid. Hoy nos acompaña el capitán Gaston Le Fou, de la República de Gaule. (A una señal del presidente, el aludido se levanta ligeramente de su silla y acepta el aplauso de la sala con una sonrisa tan cortés que no se puede decir a ciencia cierta si es forzada, irónica, ninguna de las dos o todas ellas y aún más. Algunos delegados, topolinos, aplauden en todas direcciones menos hacia donde está el capitán, salvo uno, por pura casualidad; afortunadamente, su vecino de mesa y congénere le indica hacia dónde debe apuntar su loa y se corrige). El capitán, cuyo verdadero nombre y graduación no pueden ser comunicados ni siquiera a ustedes, es el embajador de nuestros aliados europeos y trabaja con la Cámara para lograr la meta de una Britannia de nuevo gobernada por su monarca legítimo.

»Señores, eso es todo. Alcemos nuestras copas en honor de Orson, muy pronto Rey coronado de las Islas. ¡Dios salve al Rey!

Los delegados vacían sus copas, entonan el himno nacional y se retiran sin dar la espalda a Su Porcina Majestad, la cual, viendo toda la mesa libre de competencia, extiende el alcance de sus actividades.

Prefacio

«Mejor bucear en una ciénaga infestada de banshees que pedir consejo a un brujo».

Proverbio de las Tierras Altas

Meredith Ironkettle era, considerándolo todo, un hechicero razonablemente satisfecho de su suerte. Vivía alejado de la comunidad mágica y no mágica, en uno de los desolados páramos scots, en un torreón con almenas medio derruidas, a menos de media hora a pie de un pantano lleno de malas hierbas y criaturas repugnantes. En su torreón albergaba una selecta biblioteca de grimorios, pergaminos y tratados sobre astrología, alquimia, demonología y necromancia. Nada de esas modernidades que intentaban acercar la magia a la técnica o a la ciencia. Escribía sus notas y cartas con hermosas plumas que arrancaba de los muchos cuervos a su servicio. Y para tener a muchos cuervos dispuestos a donar sus plumas, había que ser un hechicero de temible autoridad. O, al menos, eso pensaba Meredith.

Incluso su apellido no encajaba mal con la imagen que de él mismo tenía. Sin embargo, en aras de la respetabilidad, siempre firmaba como «Meredith de las Brumas». Salvo algunas cartas en las que se refirió a sí mismo como «Meredith de la Torre Quebrada» y una vez, en un pagaré girado a favor de su hermana Agatha, como «Merry Meredith». El pagaré se consideró posteriormente invalidado por estupidez de la firma.

Todo hay que decirlo, la imagen que Meredith tenía de sí mismo difería de la de los lugareños de los pueblos cercanos. El mago iba siempre envuelto en amplias túnicas de mangas

anchas cortadas para que finalizaran de modo dentado. Se apoyaba en un retorcido cayado, del que pendían pequeños cráneos de animales. Se ponía, para salir, un medio casco con un cuerno de carnero a cada lado. Gracias a eso y la barbita que se había dejado (él bien hubiera querido una larga, venerable y poblada barba, pero *quod natura non dat...*), los pobladores de aquella región le conocían como «Merry el Chiflado», «Merry el Chivo» o «El Chivo Chiflado». Justo es reconocer que Meredith no tenía un espejo donde comprobar su aspecto. No había conseguido aún un espejo encantado y ni se planteaba adquirir uno mundano.

Pero, como decimos, el hechicero se creía temido (lo era menos de lo que merecía), respetado (ni lo era ni lo sería), alejado de los asuntos mundanos (lo estaba sin duda alguna) y cercano a grandes hallazgos alquímicos (cosas más raras han sucedido). Aquella mañana, por tanto, podía remover en su caldero todo el ajeno, muérdago, colas de rata y ojos de tritón de los que disponía, sintiéndose satisfecho. Hasta que llamaron a la puerta.

La primera reacción de Meredith fue la estupefacción, seguida muy cerca de vergüenza, finalizando con la ira. ¿Cómo alguien acudía a su morada? ¿Cómo alguien acudía a su morada sin que sus habilidades mágicas lo detectaran? ¿Cómo alguien se atrevía a acudir a su morada sin solicitar audiencia? ¡Ese alguien necesitaba un correctivo!

Tomó su báculo, se encasquetó su casco cornudo e hizo temblar la torre con un estallido de fuegos azules.

—¿Quién osa aproximarse a la Torre del Mago de las Brumas? —rugió.

Las gárgolas que custodiaban la puerta principal transmitieron sus palabras; Meredith era un brujo competente, al fin y al cabo. Uno no vive en un torreón media vida siendo un brujo competente sin encantar dos o tres cosas. Por eso la respuesta asustada del visitante reverberó en la cámara.

—Soy Angus McGuffin, señoría. ¿Puedo pasar?

Angus McGuffin. Un viejo con una enervante pasión por la magia, que llamaba a su puerta de tanto en tanto con preguntas estúpidas o noticias aún más estúpidas. Meredith le perdonaba la vida en cada encuentro solo porque McGuffin le mostraba un respeto tan tembloroso que el ego del mago se resistía a prescindir de semejante adulación.

Meredith descendió al piso inferior, se colocó ante la puerta principal y la abrió con un chasquido de sus dedos. Eso siempre le divertía. Allí estaba la arrugada figura de McGuffin, encorvada, lamentable, nerviosa.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué turbas mis estudios?

—He encontrado algo muy gordo cerca del río —respondió Angus, con un deje de orgullo en la voz.

—¿Qué es ello? ¿Otra cueva repleta de tesoros de los elfos? ¿O una guarida de dragones de agua?

—¡No, no! ¡Es algo muy raro, muy gordo, muy mágico! ¡Venid, venid, por favor, su excelencia!

Ese «Venid, venid», seguido de un «por favor», rematado por el «su excelencia» ablandaron el corazón de Meredith.

—¡Más vale que no sea una pérdida de tiempo o te convertiré en un cadáver andante!

La posibilidad pareció aterrar y fascinar por igual a McGuffin. El vejete marchó delante, andando casi a saltos, con el hechicero caminando solemnemente tras él. Al llegar a las orillas del río, McGuffin apartó un montón de helechos que había apilado para ocultar su descubrimiento.

—¡Mirad, mirad!

Meredith se inclinó. De un bolsillo de su túnica sacó un cristal engarzado en un aro de oro con forma de serpiente mordiéndose la cola. Examinó el descubrimiento de McGuffin a través del cristal. El cristal se oscureció, se volvió blanco, luego irisado, y terminó por esfumarse con un quejido. El brujo se retorció el bigote. Estaba sinceramente conmocionado.

—¿Es mágico, es mágico? —preguntaba McGuffin, casi fuera de sí de la emoción.

¿Mágico? Era lo más mágico que Meredith había visto en su vida. Y aquel río venía de... Sí, exactamente de ahí venía. Interesante. Podía informar de ello a un viejo conocido. No por completo, sino darle únicamente un par de pistas. Para ver si aquel engreído de Londinium era tan listo como se creía. Él y sus seguidores, con sus ideas sobre diálogo y convivencia.

—¿Lo es? —McGuffin, olvidando el protocolo, tironeó de la manga del mago. Meredith se giró, vejado por aquella familiaridad y dispuesto a ponerle remedio.

Sí, no le daría toda la información, solo algunas pistas. Sería un engreído, pero era un gran mago. Y el señor de la Torre Quebrada no creía que aprobara lo que acababa de hacerle a la fuente de dicha información.

Meredith se alejó del río, mientras el frío viento esparcía las cenizas de McGuffin por el páramo.

I. Comisión parlamentaria

«Si debes hablar ante el Parlamento, tómate un trago de whisky; si debes acudir a una comisión, bébete la botella entera».

George Thalberg, ministro del Interior

A las doce, según el Beheaded Ben*, el 1 de abril del año de gracia de 19.., se convocó para su tercera reunión a la Comisión Mixta para el Estudio del Proyecto de Ley para la Normal Convivencia con las Criaturas Mágicas. Casi todos sus componentes se dieron cuenta de que aquella convocatoria no

* «Durante la Crisis de las Cinco Horas, Gaule, entonces aún una monarquía absoluta, y Britannia estuvieron al borde de ensangrentar Europa. El rey gaulés, Felipe XI *el Alegre*, decidió celebrar su aniversario disparando una salva por cada año que había ocupado el trono, empleando para ello la bombardera más grande que los Reales Hornos pudieran fundir. Y los Reales Hornos tenían una notable capacidad. Por desgracia, los artilleros calcularon mal el ángulo de los disparos y varios proyectiles, en lugar de sumergirse en el mar, alcanzaron de lleno Londinium; uno de ellos afectó tanto al Parlamento que la torre del reloj se derrumbó en parte. Gaule pidió disculpas y se comprometió a costear la reparación. La Corona británica aceptó el pago, pero lo desvió a mejorar el armamento de su ejército (poco tiempo después, Britannia atacaba las posesiones gaulesas en Ultramar). En cuanto a la torre, se decidió suspender el reloj y toda la maquinaria en el aire, sobre lo que quedaba de la misma, mediante la magia. Fue una decisión polémica y aún hoy hay quien defiende la reconstrucción total de la torre. Pero muchos británicos ven en el reloj flotante un signo de la resistencia británica. Aunque "Big Ben" no era el nombre de la torre, sino de la misma campana que aún hoy resuena, el nuevo nombre ha calado en la población». Extracto de *La larga Historia de Britannia*, por el prof. W. Hastings.

era más que un bromazo y esperaron a la notificación que les informara de la verdadera fecha.

Así pues, el 3 de abril del susodicho año, a la misma hora, los miembros de la comisión acudieron a las Casas del Parlamento, acogidos por las solemnes campanadas del reloj britanno por excelencia. El primero en llegar fue Thomas Kettle, un joven miembro del partido gobernante y uno de los que no había dado al *April Fools' Day* la importancia que merecía. Mister Kettle era un prometedor parlamentario que ansiaba alcanzar algún día un puesto importante en el Poder Legislativo o en el Gabinete. Bien parecido, simpático, con una sonrisa que lucía todo lo posible en las reuniones de trabajo y en las fiestas de sociedad, convencido de que con ella cautivaba por igual al más duro estadista britanno y a la más apetecible muchacha de la velada, le sentaba bien la ropa habitual de la clase política (y de la clase alta), una alegre mezcla entre mediados y finales del siglo XIX.

Los miembros ajenos al Poder público, los representantes de los seres mágicos en Britannia, llegaron con notable puntualidad. Buttonhole, una reina hada, encontró dificultades para entrar en el edificio. Los guardias no veían con buenos ojos al enjambre de hadas menores acompañantes; cuando expresaron bruscamente su oposición ya no vieron nada en absoluto. Gracias a la intervención de una escuadra de las fuerzas especiales la cosa no fue a mayores y la reina hada, en solitario, pasó el control dejando a su séquito jugando al balón prisionero con los globos oculares de los guardias.

El resto de los asistentes no tuvo problemas ni remotamente similares. Sentados a la mesa circular, en una de las salas de reuniones con paredes recubiertas de madera y viejos retratos de parlamentarios aún más viejos físgando por encima del hombro, estaban Plufgram Verrugagris, delegado de la Plataforma Contra la Difamación de los Topolinos, el elfo Findelgolf, envuelto en sus amplios ropajes turquesa y añil, y el ilustre Alistair Barnaby Coleridge, presidente de la

CABALA, espléndido con una casaca y pantalones gris perla, chaleco ciruela y un suave pañuelo blanco al cuello.

—Sean bienvenidos, señores —les saludó Kettle—. ¡Vaya despiste el mío al venir el otro día! Les aseguro que, si me hubieran visto la cara, se hubieran reído a gusto.

Mister Kettle mostró su perfecta dentadura, esperando una reacción igualmente cortés, amable y superficial por parte de sus interlocutores. Calculó mal. Plufgram Verrugagris se limitó a mirarle con sus ojos estrábicos, cuidándose mucho de confesar que si él no había aparecido el día 1 no había sido por falta de voluntad, sino de orientación. Buttonhole estaba mucho más interesada en los bellos ojos castaños de Kettle que en su atractiva sonrisa. Findelgolf apenas movió un músculo de su hierático rostro, dejando claro que los necios actos de un humano no podrían sorprenderle menos. Solo Coleridge devolvió la sonrisa al parlamentario, una sonrisa afaible, educada, útil para dejar correr un tema poco interesante.

Coleridge sí había calculado bien. Kettle dejó los comentarios ligeros para comérselos durante el almuerzo, abrió su cartera de mano y sacó varios documentos y notas manuscritas.

—Si no recuerdo mal —dijo con un tono profesional, aunque no exento de dinámica simpatía—, en la última reunión nos habíamos quedado un poco atascados en el catálogo de derechos y deberes. El señor Findelgolf tenía ciertas reservas...

—El Elevado Pueblo no puede admitir una equiparación entre sus prerrogativas y privilegios y los derechos de otras comunidades. —La voz argentina de Findelgolf podía sonar aún más engolada, aquello solo era el calentamiento.

Mister Kettle esperó alguna otra opinión, pero la reina Buttonhole seguía revoloteando a una distancia cada vez menor de los ojos del joven y el delegado topolino estaba decidido a cumplir escrupulosamente su plan de actuación: no hablar ni una sola vez. Era la táctica clásica de los negociadores topolinos; años de amarga experiencia les habían enseñado que cuando no decían ni media palabra lograban acuerdos

más ventajosos que cuando participaban activamente en los debates.

—Con todo respeto, señor Findelgolf —dijo Kettle—, ni el Gabinete ni, siendo francos, las fuerzas parlamentarias, cualquiera que sea su ideología, están interesados en una ley que ofrezca un trato privilegiado a cualesquiera comunidades o razas mágicas dentro de las fronteras de Britannia.

Enfrentado a un humano capaz de soltar parrafadas tan grandilocuentes como las suyas, Findelgolf decidió refugiarse en el desdén patricio.

—La máxima injusticia es tratar igual lo desigual —apuntó.

—Es muy cierto —admitió con buen humor Coleridge—. Lo peliagudo es decidir qué es igual y qué no, ¿verdad? Seamos modestos, caballeros. Después de todo, esta ley solo trata de lograr regular el marco común para que todos podamos vivir como ciudadanos britannos y súbditos de Su Majestad, como somos, al fin y al cabo, ¿me equivoco, mister Kettle?

—Perfectamente expuesto. —Thomas Kettle, una persona totalmente refractaria al *humour*, había sido incapaz de detectar la leve ironía de Coleridge.

—En ese caso, y no deduzca de mis palabras que dudo de su capacidad, mister Kettle, ¿no piensa que sería adecuado escuchar el punto de vista del miembro que falta? Es, sin duda, quien mejor conoce la ley de todos nosotros.

—Mister Scavenger se reunirá con nosotros tan pronto como le sea posible. Tenía que despachar unos asuntos urgentes con el Primer Ministro... ¡Ah, mister Scavenger, qué oportuno! Precisamente hablábamos de usted.

Un hombre enjuto, de mirada sagaz, acababa de entrar en la estancia. Vestía de modo similar a Kettle y Coleridge. Con una leve inclinación de su cabeza por todo saludo, se sentó en una silla vacía, un poco alejado de Kettle, próxima a Plufgram. El pobre topolino se encogió un poco más de lo que ya estaba.

—Gracias por honrarnos con su presencia, mister Scavenger —dijo Findelgolf, displicente—. El doctor Coleridge y mister

Kettle no se consideraban capaces de discutir sobre una coma sin la tutela de su gran mente.

—Hay que reconocer las propias limitaciones —se encogió de hombros Coleridge.

Scavenger esbozó una media sonrisa muy característica. Coleridge recordó una cita que encajaba a la perfección con aquel gesto: *«y sonrío de suerte / como si se burlara de sí mismo e hiciera mofa de su espíritu / que podría dejarse llevar a sonreír de algo»*. El ánimo del hechicero se estremeció, como siempre que se encontraba en presencia de aquel hombre.

—Aunque nunca ha dejado de extrañarme —prosiguió el elfo, alisándose el manteo— que el Gabinete asignara a esta comisión un representante de rango inferior a ministro.

Mister Kettle rio, fracasando en el intento de disimular su nerviosismo con su atractiva simpatía; Scavenger, sin borrar la media sonrisa de su cara, replicó con voz tranquila.

—El Primer Ministro consideró que asignar a esta comisión al Jefe de la Asesoría Jurídica del Gabinete y Solicitor Permanente era lo más razonable. Pero puedo exponerle vuestra desazón, señor Findelgolf, si lo deseáis. Tal vez queráis hablar con él de este asunto. Tal vez no solo del mismo.

El elfo no replicó: la comunidad élfica había logrado hacía tiempo ciertos privilegios en varias materias que el actual Gabinete pretendía eliminar. El Primer Ministro Gullable estaba deseando tener una excusa para aplicar un correctivo ejemplar al Elevado Pueblo.

Thomas Kettle se aclaró la garganta, al tiempo que espantaba, de la forma más educada posible, a la Reina Hada.

—Bien, discutíamos acerca del catálogo de derechos y deberes, mister Scavenger. El señor Findelgolf ha manifestado que su actual redacción no le parece enteramente justa.

Scavenger escuchaba con una ceja alzada y una mano sobre el estómago. Mientras Kettle se lanzaba a una larga e innecesaria explicación acerca de las objeciones élficas, así como de su propio punto de vista, el Jefe de la Asesoría Jurídica del

Gabinete extrajo de un bolsillo interior un corto tubo metálico. Volcó de su interior una blanca pastilla en su mano y se la tragó con un movimiento seco. No era la primera vez que Coleridge le veía realizar semejante maniobra.

Cuando Kettle se quedó sin fuelle, Scavenger movió su gélida mirada del joven al señor Findelgolf. Lo que bullía en el cerebro del representante gubernamental no se reflejaba en su rostro. Y quedó para siempre sin desvelarse.

Porque en aquel preciso instante, un ruido sordo, estremeceador, inconfundible, interrumpió la reunión. Findelgolf pegó un respingo y se enredó con su amplia toga.

—¡Santo cielo! —exclamó Kettle—. ¿Eso ha sido una explosión?

—Parece que viene de los despachos de los Comunes —dijo Coleridge, puesto en pie de un salto.

Sin decir una palabra, Scavenger había abierto la puerta: los miembros de la comisión pudieron ver a varios guardias, las pistolas en la mano, corriendo por el pasillo, y a unos cuantos parlamentarios, secretarios y funcionarios en diversos grados de confusión y temor. Pero no había pánico. Eran britannos, después de todo.

—Creo, caballeros, que esta sesión debe darse por concluida —afirmó con cierta sorna Scavenger—. Les convocaremos en un plazo razonable para la siguiente.

Dicho esto, siguió con paso vivo a los guardias.

Findelgolf estaba demasiado ocupado desenredándose para seguirle, pero no así Kettle y Coleridge. Plufgram aún no se había enterado exactamente de lo que sucedía y Buttonhole, quien no perdía la esperanza, voló frenética detrás de los ojos de Kettle.

Mientras avanzaba por los pasillos del Parlamento, el ilustre Alistair Barnaby Coleridge se censuró a sí mismo: en todo aquel día solo se le había ocurrido una cita apropiada. En cuanto regresara a su casa, se comprometió, releería las obras completas de Shakespeare. No se podía ir así por la vida.